

DEFENSA DE HISPANOAMERICA

POR JOSE VASCONCELOS

LA oportunidad de los pueblos débiles económica y militarmente se manifiesta cada vez que los poderosos pelean. Para aprovechar esa oportunidad, sin embargo, es necesario que la desigualdad sólo sea económica y militar y no también espiritual y moral. Lo peor que ocurrió a las naciones latinas de nuestro Continente al emanciparse de su metrópoli, es que no sólo se debilitaron militar y económicamente al desligarse del Imperio matriz, quedando a merced de las penetraciones económicas y militares de Inglaterra y los Estados Unidos, sino que también perdimos la conciencia colectiva. La perdimos al juzgar que emancipación política obligaba a ruptura de los lazos espirituales que son la medula de toda casta, de toda nacionalidad, de todo pueblo. La emancipación no fué tan trágica como llegó a serlo posteriormente la desespañolización. Este descastamiento, provocado sin necesidad por el partido que se inició con el nombre de los "americanos", es decir, los norteamericanos, o sean los hijos de Poinsett en México, los de otros agentes imperialistas en el sur, no se limitó a la política. Basta leer las obras de personajes de real eminencia, como, por ejemplo, Sarmiento, para convencerse de lo influídos que estuvieron por la idea absurda de que no bastaba con desligarse políticamente de España, sino que era urgente, además, renegar de ella y de toda la herencia que nos había dejado en materia de arte, religión y cultura. Tal fué el error de Juárez en México, de Sarmiento en la Argentina, de Batlle Ordóñez en Uruguay, etcétera, para no citar sino a los más connotados. No supieron ver tales políticos que la decapitación que se nos imponía representaba el "progreso", pero el progreso de los imperialismos que habían derrotado a la madre Patria española; imperialismos que no sólo nos robaban las ventajas de nuestro comercio con España, con mercenaria intención, sino que, al mutilarnos espiritualmente, nos convertían en esclavos fáciles, en conquistados que veneran al conquistador. Toda una época del pensamiento hispanoamericano está marcada con el servilismo de la "reverencia" por todo lo que venía de Anglosajonia. Reverencia acompañada de bajo rencor de nuestra propia sangre española.

Se han necesitado de los padecimientos de un largo fracaso y de una labor silenciosa de visión histórica (consumada por historiadores norteamericanos ilustres y por hispanoamericanos que en Carlos Pereyra hallaron un maestro) para que los espíritus libres de nuestro Continente hayan comenzado a emanciparse. Y a la emancipación espiritual comienzan a responder, como siempre sucede, las circunstancias. Entre todos los movimientos internacionales del Continente Hispanoamericano de nuestro tiempo, ninguno tiene la importancia del que calladamente se ha venido operando en la América del Sur, en forma de tratados y prácticas que corresponden a viejas doctrinas que parecían mandadas al archivo de lo que no pudo ser en la historia. Pactos comerciales con ventajas recíprocas exclusivas celebrados entre la Argentina y Chile, entre la Argentina y el Brasil; convenios de libre navegación recientemente firmados entre Venezuela y Colombia; la importantísima reunión de los Cancilleres de Ecuador, Colombia y Venezuela; todos estos sucesos son el fruto de una ideología cuyos autores no su pieron, en su tiempo, sino de la amargura del fracaso. Entre todos, el mexicano con quien más ingrata ha sido nuestra

propia historia, Lucas Alamán, que en el Congreso de Tacubaya recogió lo único que no tenía de utópico el Congreso Bolivariano de Panamá; lo único que no osaron defender en Panamá ni los propios bolivarianos: la unión aduanera de la América Hispánica. Desde entonces apareció la idea salvadora que no pudo ser consumada; desde entonces una cabeza mexicana, la de Lucas Alamán, concibió la liga aduanera que remediaba los daños de la dispersión provocada por la independencia y que más tarde, muchos años más tarde, resucitaría en Europa bajo el nombre del Zollverein que patrocinaría Bismarck.

La liga aduanera fortalece a los débiles, pero disminuye los ingresos de las explotaciones imperialistas. Un instinto de salvación es el que ahora lleva a los pueblos sudamericanos a realizarla, siquiera sea parcialmente. En este período en que la disputa imperialista provocó una guerra en la que llegamos a ser factores, aunque sea en proporción mínima; en estos momentos en que la nación norteamericana invita a la amistad, por encima de las conveniencias materialistas, los estadistas del Sur se revisten de audacia inteligente y, sin consultas previas sobre lo que siempre ha sido un derecho evidente, rompen fronteras para ir preparando, al través de la unión aduanera, una más íntima colaboración de las pequeñas naciones en la defensa de sus intereses.

En Centroamérica han venido consumándose pactos aduanales, que, aparte de las ventajas inmediatas económicas en ellos implícitas, tendrán el resultado de apresurar la creación de la República Unitaria o Federal de Centroamérica, que ha sido el ideal de todos los patriotas de aquellas naciones.

En la América Hispana, todas las personas sensatas y aun la masa popular hallan de acuerdo en que es preciso, urgente y patriótico ponerse del lado del Occidente en la lucha que los Estados Unidos encabezan contra la agresión soviética. Al mismo tiempo, la conciencia nacional hispanoamericana, libre de los errores del poinsettismo, vuelve los ojos al ideal de una independencia verdadera. No se puede afirmar, entonces, ni suponer siquiera, que el desarrollo de los pactos aduaneros locales, con la mira de unir más estrechamente a las naciones hispánicas, sea el antifaz de una tendencia contraria a los Estados Unidos. Se trata de un derecho a la vida y no de una incitación al rencor. Y no sería, por lo mismo, signo de disposición amistosa el que los Estados Unidos, como lo hicieron ayer, tornaran hoy a impedir la formación de estos bloques de solidaridad económica y, por supuesto, intelectual y moral que son la consecuencia inevitable de una alianza. El momento de este desarrollo lo acaba de definir el Presidente Perón, de la Argentina según entrevista concedida a importante diario brasileño, en los términos siguientes:

"Argentina es un país hispano y los españoles son de nuestra sangre y de nuestra raza. Cuando Argentina socorre a la vieja madre Patria, en un momento en que se halla condenada a duro aislamiento, realiza un gesto de legítima defensa, pues aislados, los hispanos se verán reducidos a cotos de caza de las otras razas constituidas en bloques poderosos..." "Lo que no aceptamos es la vuelta a un régimen de esclavitud económica." Y concluye invitando a los Estados sudamericanos a constituir un bloque económico capaz de discutir con los grandes bloques económicos que en otras latitudes se constituyen.